

# Notas Sobre el Significado de la Encriptación del Poder Como el Filo de la Navaja de lo Político<sup>i</sup>

Ricardo Sanín Restrepo

La teoría original de “la encriptación del poder” fue formulada en un artículo publicado en castellano en 2012 en co-autoría con Gabriel Méndez-Hincapié. En los años siguientes, varios paneles sobre la teoría se realizaron en la “Critical Legal Conference”, en 2014 en la Universidad de Sussex y en 2015 en la Universidad de Wroclaw, Polonia, mientras que otro organizado por Enrique Prieto y Lina Céspedes de la Universidad del Rosario (Colombia) se llevará a cabo en la conferencia de este año (2017) en la Universidad de Warwick-Reino Unido. El concepto también ha sido debatido ampliamente en otros foros, como los tres últimos encuentros de la “Caribbean Philosophical Association”, entre otros.

A continuación, propondré una descripción sencilla del significado central de la “encriptación del poder” con el fin de arrojar luz sobre su enfoque, pero sobre todo apuntillar la concreción del concepto y la manera versátil cómo reconfigura profundamente los vínculos íntimos entre el poder, la política, la democracia y diferencia. En otras palabras, la “teoría de la encriptación del poder” ofrece una reconsideración esencial de lo político a través de una refundación ontológica de la diferencia que conduce a una revisión dramática del significado con el que occidente ha simulado la democracia.

## LA ENCRIPCIÓN DE LO POLÍTICO

El liberalismo como bisagra de la colonialidad y el Imperio del capital, simplemente ha pulido e intensificado la lógica del poder (potestas) occidental. Esta es sencilla y obstinada y se renueva simplemente en sus formulaciones estéticas. Podemos formularla con una simpleza pasmosa: fijar un modelo trascendente (intocable, inapelable) de identidad (formas de vida) luego someter toda diferencia al principio del modelo (bien sea mediante violencia, espectáculo o asimilación, o en nuestros tiempos, la asimilación del espectáculo de la violencia). Ahora bien, el punto clave es que dicha fijación del modelo es lo suficientemente elástica para ser reformulada siempre de forma retrospectiva, así cuando los seres que producen diferencia reclaman la inclusión de su diferencia al modelo, éste o bien ya ha mutado en otra cosa o la inclusión de la diferencia se da en términos de su cooptación absoluta, donde la diferencia ya se ha tornado en parte operativa del modelo de opresión que la excluye. La ilustración del caso también es sencilla, “Un modelo trascendente donde la semblanza se da no de una cosa a la otra, sino de la cosa al modelo. De manera que usted y yo nos parecemos o diferenciamos, solo cuando el punto de diferenciación es el modelo (y

no nuestras diferencias). Así, la diferencia es anulada en el origen mismo, en el modelo de lo idéntico que garantiza su infinita reproducción y dependencia” (Sanín-Restrepo 2014, 212).

Desde Platón, la política está predefinida a través de condiciones extremas de pertenencia al cuerpo político, donde “ser” corresponde a una cualificación preexistente de vida, allí persiste la imagen especular de la “idea” como una división interior dentro de las formas de identidad donde algunos son bienvenidos a la política y otros son excluidos según cualificaciones que no dependen o no se desprenden del ser, pero a las que todo ser debe conformarse<sup>ii</sup>. Por lo tanto, la relación entre el poder y la vida está mutilada, calificada y totalmente estandarizada para favorecer modelos particulares de identidad. El origen oculto es el centro metafísico maleable del discurso occidental. La calificación de la vida y la reducción de su abundancia y multiplicidad a modelos preestablecidos de identidad ha sido el escenario de la genealogía occidental del poder situada en la encrucijada entre el capitalismo, el colonialismo, la colonialidad y el Imperio. Así, tenemos, pues, una primera definición de potestas: potestas es la negación del poder a través de la estratificación de las condiciones para ejercerlo mediante la fijación de modelos ocultos de identidad, donde toda diferencia es reconducida a modelos estáticos de identidad. Ahora bien, con Foucault (1995), entendemos que el poder no es una cosa o un objeto estático para el conocimiento, no es una estructura y menos un discurso que pueda ser monopolizado, sino, antes bien, el poder son acciones mediante las cuales todos los seres afectan (modifican) la propia vida y la de los demás seres en una infinitud de casos en un mundo. Es decir, el poder es de todos y de nadie, circula sin intersticios y no puede ser fijado. El gran truco de la potestas consiste en simular que ha acumulado el “poder” y actuar de conformidad con dicha simulación produciendo la violencia de la identidad en contra de la diferencia. La potestas es entonces la perversión del poder, su transformación en una cosa “sólida”.

La perseverancia de los modelos de identidad significa dos cosas interconectadas: primero, que la política ha servido como una rígida línea de demarcación de la vida; y segundo, que, para pertenecer a un cuerpo político, todo “agente” (antes de convertirse en sujeto, antes de ser un ser, antes de ejercitar su propia diferencia) debe ajustarse a las cualificaciones de identidad establecidas por un modelo invisible (trascendente). Así, el lenguaje siempre se distancia de la comunicación de las subjetividades impidiendo que la comunicación se programe y fluya entre ellas al imponer siempre sus proposiciones y aserciones como única salida a todo conflicto, es decir a toda posibilidad de diálogo.

La política, como la apertura primaria del ser y el punto de definición del lenguaje y sus significados (donde el poder sobre todo es una relación infinita) ha sido cuagulada en

modelos estrictos de unidad y cualificaciones permanentes de la vida donde un *logos* oculto (y un *telos* invisible como *arché*) impone y justifica cualquier tipo de jerarquía como natural. Así, la construcción occidental de la política persiste, como mecanismo cardinal de la verdad, dependiendo de una sola cosa, la neutralización absoluta, si no la destrucción, de la diferencia. Bruno Latour utiliza el término “imperio del globo” el cual “define un poder invisible dentro de la cual todo lo demás podría localizarse, aunque el marco que permite la localización permanezca totalmente invisible” (Latour 2016, 314).

La exclusividad de la colonialidad como poder de dominación no es sólo que califique la vida como límite de la política, pues esto simplemente ofrecería una definición tautológica de potestas. Su singularidad, al menos en esta última etapa de su articulación con el liberalismo, es que para que la potestas ocupe el lugar central del poder debe entonces “simular” la democracia y por lo tanto necesariamente encriptar el poder. El poder se encripta cuando la política y la democracia están separadas una de otra y la democracia se simula a través de la construcción de falsas totalidades sobre el significado de “pueblo”<sup>iiii</sup>.

#### LA ENCRIPCIÓN DE LA DIFERENCIA

La diferencia es la condición esencial de la comunicación: comunicar es comunicar la diferencia (la ontología fractal de Tarde “existir es diferir”, 2015). El ser existe y puede ser nombrado y llamado sólo a partir de la diferencia. La diferencia anuncia la ruptura de la totalidad, la posibilidad del significado sin un contexto trascendente, supone el encuentro antes de la distinción, el enunciado antes que el lenguaje, la agencia antes que la estructura. A través de la “*Des*encriptación del poder” descubriremos que sólo estamos ante lo político cuando cada ser comunica su diferencia a través de su diferencia inmanente. La condición ontológica de lo político es que no haya absolutamente ninguna condición o cualificación más allá de la diferencia para decidir lo que significa la política. Esto último significa que la democracia es el único lugar de lo político porque es el no-lugar donde el lenguaje todavía no significa nada y todo está por decidirse. En la democracia, no existe cualificación ninguna para comunicar la diferencia. La democracia, como única materialidad de lo político, arroja la más hermosa paradoja de la filosofía: lo político es la cuestión de todas las cuestiones, porque es la cuestión de quién puede formular preguntas, de quién cuenta. Si la filosofía posee una esencia en absoluto, y ningún modelo preestablecido de conocimiento, ninguna estructura vertebral o idea fundadora, entonces su fuerza inmanente es preguntar *quién cuenta* y no *qué es*. Sin esta pregunta la filosofía es pura mística. En estos términos la justicia significa

que todo lo que cuente<sup>iv</sup> deben ser tenido en cuenta, o mejor aún, que no hay realidad a menos que sea la fruición de todo lo que cuente.

En la medida en que sólo tenemos acceso al mundo cuando tenemos acceso a lo político. (ergo) Es imposible dar una respuesta a lo político si la posibilidad del lenguaje permanece “encriptado” y su lugar de enunciación estrictamente reservado para sujetos calificados. La conclusión es simple: el mundo sólo puede existir a través de lo político, y la única viabilidad de lo político es la democracia como el orden de la diferencia inmanente. La encriptación es pues la imposibilidad de lo político mediante la imposibilidad del lenguaje. Cuando lo político y el lenguaje están dissociados y el ejercicio del poder depende de las cualificaciones para la creación y los usos del lenguaje, podemos afirmar que el poder está encriptado y, por lo tanto, el mundo como tal es un “simulacro”. La encriptación opera dondequiera que haya exclusión de lo político, y el poder esté elevado a un concepto trascendente.

En la teoría política occidental, casi todos los esquemas que han emprendido la tarea de pensar el poder, tarde o temprano, llegan a un modelo trascendente del hombre (Cornell y Seely, 2014) que impone un modelo intransigente de identidad como su base y pináculo. Sin embargo, por otro lado, las teorías que han buscado un compromiso divergente contra la unidad, la identidad y los principios metafísicos llegan a una proposición de la diferencia que es inofensiva, en tanto la distancia que imponen entre la diferencia y la identidad, y entre el poder y lo político es tan vasta, que la diferencia se tropieza en su propia irrelevancia y flota en su propia ingravidez (por ejemplo, Deleuze 2001, Negri 1999). Estamos familiarizados con la paradoja fundamental del poder constituyente. Cualquier poder que se produce en obediencia a los modelos trascendentes no es sólo derivado de la dominación, sino que constituye la completa cancelación de la diferencia. Sin embargo, la diferencia, que haría inmanente el poder constituyente, cuando es abandonado a sus propios medios es incapaz de formar una forma política concreta; y si la llegase a formar, lo hará basándose en una exclusión primaria y en una concentración de poder ilegítima. En últimas, dicha formación constituye el rechazo trascendente de la diferencia inmanente. El problema fundamental es que la diferencia, considerada bajo esta luz, reintroduce la trascendencia a través de la puerta trasera, donde el “modelo del hombre” acecha en las sombras de la diferencia.

La teoría de la “encriptación del poder” entiende que mientras la diferencia inmanente y la dominación no se crucen y se enfrenten en un embate constitutivo, lo político,

y por lo tanto el mundo como realidad, es inalcanzable. Así, la teoría de la “encriptación del poder” ofrece una comprensión de la diferencia inmanente que derrota cualquier “metafísica del poder” (anclada en modelos trascendentes y ocultos) en su propio terreno, ofreciendo al mismo tiempo un camino para obtener el poder a través del permanente e infinito ejercicio de la diferencia. La teoría de la encriptación entiende que cuando la diferencia está en juego lo que está en juego es el mundo. Por lo tanto, lo que es vital captar, es que el sitio de la constitución de lo político no puede ser la diferencia inmanente encerrada en su propia jaula de oro que es de por sí incomunicable. Lo político solo puede ser fruto del embate entre la diferencia y las formas de dominación que se esconden en modelos trascendentes de identidad. Lo que la teoría de la encriptación del poder reconoce es que debemos registrar la influencia fundamental de la potestas al establecer los contornos de nuestra realidad, sólo entonces, podremos derrocarla a través de la diferencia. Sin esta comprensión crucial, la disputa por la democracia, como apertura de lo político, seguirá siendo el triste espectáculo de la diferencia lanzándose desde el vacío de su propia vacuidad. Con Viveiros de Castro entendemos que “los dualismos son reales y no imaginarios; no son un mero espejismo ideológico sino el *modus operandi* de una implacable máquina abstracta de sobrecodificación” (Viveiros de Castro 2014, 118)

#### EL SIGNIFICADO DE LA ENCRIPCIÓN DEL PODER

Cuando cualquier forma de poder comienza a regularizar el acceso al lenguaje y a definir calificaciones para los encuentros de singularidades, la política se niega en su núcleo, en tal maniobra se extrae el poder de su libre circulación y se convierte en un “poder en estado sólido”. La encriptación es una forma primordial de “solidificación” del poder basada en la prohibición de la creación, el acceso y el uso de cualquier forma de comunicación mediante el establecimiento de modelos trascendentes y lenguajes inescrutables. La encriptación, es finalmente la negación de lo político a través de las estratificaciones y la ocultación del lenguaje. El “poder en estado sólido” es la tecnología que absorbe la energía desde el exterior y la transforma en una jerarquización rígida de subjetividades; es la contractura de toda circulación donde cada relación se petrifica al ser definida de antemano. Como consecuencia, la encriptación del lenguaje se convierte en la forma misma de lo político. La encriptación aparece en la prohibición impuesta a los muchos de nombrar y comprender el mundo mediante sus propios términos, a través de su propia producción de diferencias. Por lo tanto, el poder se fabrica como una cualificación permanente de las capacidades (potencias) para nombrar el lenguaje y lo político se convierte así en el inflexible cancerbero de jerarquías.

Opuesto al poder en estado sólido está el poder no estratificado, opuesto a la totalidad está un ensamblaje infinito (en los términos de Manuel DeLanda, 2013).

En la encriptación, el lenguaje se erige como un muro sanitario para mantener inmunes los sistemas de trascendencia contra la infección de lo liminal, de lo marginal de lo bárbaro, en últimas para mantener al pueblo “oculto” y fuera de los límites del lenguaje. Este es el sempiterno espíritu oligárquico instilado en la filosofía como la piel desde la cual respira.

Puesto que la política sólo puede ser considerada cuando todo ser que produce diferencia es considerado como la condición de su existencia, sin más cualificación, entonces se sigue que ni siquiera podemos nombrar lo político cuando su significado no está disponible para ser creado por todos. Lo político no es una precondition de las diferencias, la diferencia es la precondition de lo político. Dado lo anterior, la democracia como única forma posible de definir lo político significa entonces que el lenguaje a través del cual definimos el conflicto y con el cual tratamos su apropiación debe estar disponible para todos (debe estar desencriptado). A través de la teoría de la encriptación del poder, la democracia no puede ser considerada mas como un mero proceso, y ciertamente no como en su bruta correspondencia aritmética con alguna regla de la mayoría, sino, antes bien, como toda intensidad del “ser en común” constituida a través de la diferencia y entonces como el umbral mismo de toda posibilidad de lo político.

Ninguna singularidad puede tener un dominio jerárquico del lenguaje o de su uso. Esto último no sólo significa que el lenguaje es el primer común del ser-en-común de la política, sino también que cualquier negación de este principio es la prueba de la presencia del poder como potestas. El primer común interrumpido y encriptado por la potestas es la posibilidad misma del poder. Cuando el poder deja de ser una práctica sólo la reverencia hacia el poder permanece y la potestas se eleva como la divinidad de la necesidad de la fuerza, mientras que la subjetividad se reduce a *servidumbre voluntaria* (Etienne de la Boétie).

Por lo tanto, la encriptación del poder va mucho más allá de una simple obfuscación o del ocultamiento deliberado del lenguaje que podría resolverse simplemente aplicando mejores métodos de interpretación que aclararan la oscuridad o unificarían la polisemia. El problema es más profundo, el enigma es político. La encriptación no señala una atrofia u obscenidad en el sistema que podría ser sintonizado por mejores métodos y enderezado por compromisos normativos más fuertes. Más bien, es lo contrario, la encriptación asegura la silenciosa perfección de un sistema depredador y garantiza la destrucción de la democracia

en su nombre, con todos los horrores imbuidos en el término: colonización, hambrunas, guerras, violencia de género, racismo, la expropiación legal y el Imperio del capital.

La encriptación es una prohibición primordial (política, jurídica, racial) al acceso y usos del lenguaje donde el léxico político está completamente jerarquizado y sus usos predeterminados completamente. La encriptación no consiste únicamente en esconder el verdadero significado de las cosas, sino en ocultarlo de una manera en que el significado se convierte en un no-significado o una absoluta falta de sentido. En la medida en que la modernidad instancia la negación del lenguaje como el primordial común de lo político, la encriptación no es simplemente un esquema para ocultar el lenguaje, sino para ocluir y destruir lo político. El problema del lenguaje al que la encriptación apunta y que modela su capacidad y alcance es, ante todo, un problema político arraigado en el lenguaje. El propósito principal de la encriptación es impedir la realización de la verdadera democracia a través de la confusión del significado de cada sistema de comunicación. Lo que la encriptación niega es la posibilidad de que la diferencia sea la idea reguladora del mundo.

Sin embargo, lo que se oculta mediante la encriptación no es el lenguaje como tal, sino el proceso de su transmisión, las normas a través de las cuales opera, los medios por los que se distribuye, pero primordialmente, la realidad a la que se refiere. Lo que garantiza la encriptación es un absoluto control jerárquico social y político sobre las áreas de conflicto que son discutibles y las bases empíricas y normativas que pueden surgir en cualquier discurso. Al final del túnel serpenteante del lenguaje lo que encontramos es que el alcance del conflicto y su resolución se ha decidido de antemano, y con él, cada emoción, proposición y reacción ha sido fijada y predestinada por encima y más allá de nuestra capacidad de sentir y tocar el lenguaje como propio. Por lo tanto, la encriptación no es sólo una maniobra para confundir y embolatar el lenguaje, sino el núcleo operativo (*machina*) del poder como dominación sobre la realidad.

La encriptación, como una ocultación intencional del significado del lenguaje, es una característica propia de cualquier lenguaje, no hay disputa sobre tal hecho: no hay lenguaje sin ocultación, elemental. Sin embargo, la encriptación como medio para separar la inmanencia de la subjetividad, la subjetividad del lenguaje, la agencia de la estructura y lo político de la democracia define la geografía moderna del poder. Todas las formas comunicacionales implican un código, así como modos de codificación y decodificación (Deleuze y Guattari 1987, 41). Sin embargo, el código es diferente a la encriptación, mientras que la función de aquel es organizar los significados como estratos (jerarquías), la función de

ésta no es sólo jerarquizar, sino ocultar los estratos, de tal forma que haga aparecer todo estrato como “no estratificado”.

La encriptación no es un problema comparativo de un tipo de lucha entre otras muchas luchas por la verdad o la libertad, no, la encriptación es el problema nuclear de lo político. Otra manera de decir esto es que la dominación, en el seno de la colonialidad y el liberalismo, depende absolutamente de su poder para negar el lenguaje como el primero común de la política. Lo que la encriptación logra es que la impenetrabilidad del lenguaje se convierta en la impenetrabilidad de lo político. Así, lo primero que transmite la encriptación es la jerarquía del lenguaje. La encriptación, entonces, no sólo sirve para paralizar la democracia, sino que primordialmente inhibe lo político al privatizarlo y tornarlo en un dominio exclusivo de los expertos.

El texto encriptado supone una parte que siempre aparece resplandeciente en su claridad, abierta en su transparencia, esperando simplemente ser tomada, un significado que es robusto y decible; y una parte oscura, más allá de las regiones de todo significado, un espejo que petrifica el tiempo, que no proyecta otra imagen sino el rígido dominio de la ley del *status quo*. Los expertos están así en una feroz competencia para dominar el significado y el sentido de la realidad, mientras que al mismo tiempo son sus primeros rehenes. El poder encriptado aparece cuando los creadores de lenguas calificadas (jueces, programadores, sabios) se convierten en portavoces del poder como dominación. Ellos diseñan las liturgias del poder con la intención de someter a los intérpretes de su lenguaje (el pueblo común) a una realidad fija e impenetrable. La encriptación es finalmente el monopolio de un grupo hegemónico sobre la realidad. La misión del experto es transformar un problema político en un problema técnico y de allí en un estatuto rígido de significados que son auto-referenciales y aislados del lenguaje común, creando así lenguajes inmunes a toda intervención que no sea desde las técnicas de la ciencia que programaron su impenetrabilidad primera. El poder es llevado a un lugar inescrutable donde los estratos se organizan de tal manera que son ciegos a su propio devenir, se convierten por este gesto en un poder metafísico. La encriptación convierte el conocimiento en un conjunto simple de reglas que encarnan la ciencia secreta inscrita en él. La encriptación también está siempre presente en el vínculo indivisible entre la ciencia y la creación de lo humano, y de sublíneas y subgéneros aberrantes que le siguen. La ciencia, con su coraza blindada de objetividad, publicidad del lenguaje y supresión de la *doxa* (mera opinión), desvela la mayor trama para dominar y domar toda diferencia. El gesto está completo cuando todas las premisas de dicha ciencia se inyectan en el torrente sanguíneo de lo político y de la cultura a través del derecho y la economía política que simplemente



pretenden reproducir lo que la “neutralidad” de la ciencia ha obtenido en la representación del universo, desde lo basal hasta su estática estructura universal de previsibilidad y orden. De ahí en adelante, para establecer de una vez por todas lo que es distintivamente humano, es sólo una cuestión de la intervención de los técnicos de poder. La teoría de la encriptación devela un juego coordinado entre ciencia y política, la ciencia establece el modelo universal de verdad, de lo que realmente significa ser un hombre, una nación, un sujeto de derechos, un mercado etc. y los técnicos del poder (abogados, economistas, sacerdotes entogados) lo aplican *ex post Facto* para crear una perfecta tecnología de la dominación.

## DESENCRIPTACIÓN

El propósito y objetivo principal de la descriptación no es subvertir el significado como si existiera un significado primordial y puro yaciendo en el fondo del océano del lenguaje, que está meramente encubierto y que deba ser recuperado a toda costa. No hay un significado *Alfa* (Aleph) ocultado por la encriptación que debamos develar, como si algo primordial hubiera sido expropiado y resignificado, y por lo tanto al invertir (poner los pies de cabeza) la construcción ella revelaría no sólo el acto de ocultamiento sino la verdad en estado puro. La descriptación no trata de extraer el verdadero significado de una proposición controlada por un contexto dado, sino de descubrir cómo ese contexto dado, ese “juego de lenguaje”, se construyó a través de una exclusión primordial de la diferencia. Por lo tanto, la descriptación tiene como objetivo desbloquear la producción del lenguaje, porque toda producción del lenguaje es producción del poder y este el único lugar de lo político. El propósito central de la descriptación es abrir la política como el lugar donde el significado todavía está por decidirse. De esta manera, la encriptación reconoce en la filosofía un campo de batalla emblemático de poder y conocimiento, que debe ser descriptado y liberado de los modelos de identidad y unidad que han perdurado en su creación de las dimensiones de la realidad del mundo. Descriptar, es revertir la exclusión como forma primordial de dominación y rehabilitar la democracia como el único espacio concebible de lo político y el único orden de la verdad.

Descriptar el poder es invertir la monumental máquina de la privatización de los bienes comunes que conlleva la despolitización del conflicto como su principal consecuencia. Por lo tanto, la descriptación significa no sólo una herramienta crítica o semiótica, sino fundamentalmente un acto de liberación y el primer ejercicio de lo político. Descriptar es hacer posible el lenguaje, es reconocer que el poder como dominación depende exclusivamente del bloqueo al acceso de lo político. Lo que la descriptación procura es que

una comunidad recupere el sentido de sí misma no en los escombros del lenguaje, o en los fragmentos vacilantes de una imagen, sino en la posibilidad misma de que el lenguaje se reinvente obstinadamente a sí mismo, una y otra vez, sin mas límite que la diferencia misma. La descriptación entiende algo sumamente básico: no puede haber lenguaje sin diferencia y que por tanto este mundo que vivimos a medias es el no-mundo de la negación del mundo en la negación del lenguaje. La descriptación demuestra que cualquier reivindicación de la universalidad del lenguaje es simplemente el resultado de lenguas hegemónicas erigidas a través de una violencia cruda para constituirse a sí mismas en el juez absoluto de cualquier otro lenguaje. En este sentido, la descriptación no produce un resultado final, una síntesis, sino la apertura de la posibilidad de conflicto en el lenguaje. No es entonces una amalgama de lenguaje lo que la descriptación busca, sino servir como una bitácora de dialectos y jergas, como un encuentro en la diferencia que descifra y ordena el pensamiento y el habla mediante el compromiso inmanente y el reconocimiento del conflicto. La descriptación no es, pues, una *tabula rasa* o una especie de traductor universal, sino el filo de la navaja del lenguaje, el intercesor entre la política y la democracia, donde podemos declarar la desnudez del lenguaje y reconocer la fractura y dispersión de toda genealogía.

La descriptación, lejos de ser un “nuevo método” u otra teoría analítica del lenguaje, es sustancialmente la teoría de la justicia inmanente a la democracia. A través de la descriptación no sólo perforamos las gruesas constelaciones de las macabras alianzas de la modernidad para encontrar el “tesoro escondido” de la realidad, para desenterrar lo que ha sido misteriosamente enterrado, o para transgredir un sistema semiótico binario fijo, sino mas bien, el acto de descriptar es el acto original de liberación, de puesta en marcha del devenir de la democracia.

Finalmente, la descriptación debe forjar una nueva poética, una nueva espiritualidad política (Cornell y Seely 2014); pues sin esta y aquella la ciencia es una adscripción ciega a los hechos; la religión es un fanatismo dogmático; el arte se vuelve inexpresivo y la filosofía se sustenta como anulación de la diferencia. La descriptación no es el mundo revelado, sino el mundo re-imaginado, escrito con una nueva luz y una nueva intensidad. Su función no es simplemente descubrir un texto original, sino el saber que este último está por escribirse, mas allá, que su escritura es una tarea infinita de la diferencia que inhibe la posibilidad misma de fijar un punto final a cualquier texto.

#### Bibliografía

- Cornell, Drucilla, and Seely, Stephen D. 2016. *The Spirit of Revolution: Beyond the Dead Ends of Man*. Cambridge UK: Polity Press
- DeLanda, Manuel. 2013. Meshworks, Hierarchies and Interfaces. In Zero News Datapool.
- Deleuze, Gilles. 2001. *Pure Immanence: Essays on a Life*. New York: Zone books.
- Deleuze, Gilles and Guattari, Felix. 1987. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: Minnesota University Press.
- Foucault, Michel. 1995. *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Translated by Alan Sheridan. New York: Vintage Books.
- Heidegger, Martin. 2000. *Introduction to Metaphysics*. New Haven, London: Yale Nota Bene
- Latour, Bruno. 2016. *Onus Orbis Terrarum: About a Possible Shift in the Definition of Sovereignty*. Millennium: Journal of International Studies 2016, Vol. 44(3) 305–320
- Méndez-Hincapié, Gabriel and Sanín-Restrepo, Ricardo. 2012. ‘La Constitución Encriptada. Nuevas Formas de Emancipación del Poder Global’. *Redbes. Revista de Derechos Humanos y Estudios Sociales* 8. San Luis de Potosí, México.
- Negri, Antonio. 1999. *Insurgencies*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sanín-Restrepo, Ricardo. 2016. *Decolonizing Democracy: Power in a Solid State*. London and New York: Rowman and Littlefield International.
- Sanín-Restrepo, Ricardo. 2014. *Teoría Crítica Constitucional: La Democracia a la Enésima Potencia*. Valencia, España: Tirant lo Blanch
- Tarde, Gabriel. 2015. *The Laws of Imitation*. New York: The Scholars Choice
- Viveiros de Castro, Eduardo. 2014. *Cannibal Metaphysics*. Minneapolis: Univocal Publishing.

---

<sup>i</sup> Traducción ampliada del artículo publicado originalmente en inglés en:

<http://criticallegalthinking.com/2017/08/03/razors-edge-politics-notes-meaning-encryption-power/>

<sup>ii</sup> En palabras de Martin Heidegger “Porque la *idea* es lo que realmente es, y la *idea* es un prototipo, toda apertura de los seres debe ser dirigida hacia el prototipo, a igualar el prototipo, a asemejarse al prototipo, a dirigirse a sí mismo de acuerdo con la idea” (Heidegger, 2000, 239)

---

<sup>iii</sup> Ver mi libro “Decolonizing Democracy: Power in a Solid State”. En el presente artículo solo se describen aspectos generales de la encriptación del poder que es uno de los tres componentes que constituyen mi teoría de una democracia radical como única ontología posible del mundo, siendo los otros dos componentes “el pueblo oculto” y “la Energeia como actualidad de la diferencia” los cuales no se tratan aquí.

<sup>iv</sup> “Cuenta” no solo en sentido de contabilidad de los cuerpos y los pensamientos, sino, “cuenta” en sentido de revelación del propio ser, de desvelamiento y narrativa del propio ser.